

Memoria de la última escena

Querido diario:

25/11/1990

¡Vuelvo a vos después de tanto tiempo!... Veinte, treinta años, no sé, ya perdí la cuenta (antes la tenía siempre presente) ¿Te acordas de Manuel? Sí, eso es seguro.

Aproximadamente a las cinco de la tarde de ayer sonó el teléfono. Yo estaba leyendo y como te imaginarás no tenía muchas ganas de atenderlo, pero lo hice.

-¿Estelita?- y, sin dudarlo ni un momento, supe que era él

-Sí, con ella habla, ¿quién es usted?

- Manuel- me dijo, y ésa palabra sonó como las campanadas de la iglesia, como algo que todavía no existe, como una risa clara.

-Ah, ¿cómo estás Manuel?-Yo quería cantar, asomarme a mi ventana y gritarle al mundo que era él y que había *vuelto* a buscarme pero, por supuesto no lo hice. Vos sabes cómo soy yo.

-Muy bien, con ganas de verte, ¿tenés algo que hacer hoy a la noche?- me preguntó. Por supuesto que no tenía nada que hacer, pero esperé unos segundos y le dije:

- No tengo nada programado para hoy así que podemos vernos. ¿A qué hora te parece?

- A las ocho te paso a buscar.

-Perfecto, a las ocho.

Me vestí con discreción, como de costumbre, pero con un toque de sensualidad. Sandalias

color piel con tacos altos, pantalón negro algo ajustado, una blusa con volados haciendo juego con las sandalias, que dejaba asomar mi camafeo de la Virgencita de Lourdes y, como había ido a la peluquería, el pelo recogido con algunos bucles que me tapaban la cara cada vez que me reía. Maquillaje liviano, un poco de sombra color caramelo y rubor clarito.

Pasó a buscarme a las ocho en punto.

-Hola Estelita, ¡cuánto tiempo sin vernos!

- Si, es verdad- asentí. Y me dio un abrazo suave y sin apuro.

-No traje el auto, así caminamos como a vos te gusta-. A mí me pareció una idea estupenda.

Caminamos un poco por Formosa, despacito, con el ritmo justo como para ser disfrutado, y al llegar a José María Moreno me preguntó:

-¿Tenés ganas de comer algo?

- Si, si vos querés....-y fuimos a un barcito muy lindo que parecía antiguo (por eso me gustaba). Pedimos un café cortado para él, una *lágrima* para mí y un tostado.

-¿Seguís trabajando en el bufete de abogados? Pregunté.

- Si, ya hace treinta años, parece mucho y se supone que debería estar cansado, pero no, mi trabajo es el motor de mi vida y me hace muy feliz. ¿Vos seguís en la biblioteca?

- Si, también, pero ahora estoy en otra más cerca de mi casa. Yo también disfruto mucho de mi trabajo- mentí.

-¿Cómo está tu madre?- me preguntó.

- Mi madre perdió la razón hace mucho tiempo, está internada en un psiquiátrico.

-Cuanto lo siento...- (y estoy segura de que fue así, Manuel no era de mentir sentimientos)

-Mi padre falleció en enero- me contó muy bajito como sin querer decirlo.

En ése momento, en ése exacto momento, vi una columna detrás de él, de hierro forjado, verde pálido con filetes brillantes, hermosa, muy bien cuidada, que se desvaneció al instante. No entendí muy bien que había pasado.

-Estelita, el aire acondicionado me está *matando*, ¿nos vamos?

- Si, a mí también- Caminamos mucho, no sé cuánto, pero mucho y muy intenso.

-¿Vos sos feliz Estela?- Me preguntó sospechando la respuesta...

- A veces si- contesté mirando para otro lado porque comenzaba a sentir los pinchazos en los ojos que ya sabemos que es lo que anuncian.

La luna estaba en cuarto menguante (sabes que conozco de ésas cuestiones) y, de repente, de tanto mirarla, se me vino encima. Sentí como si me tocara, como si me rozara con suavidad y algo de compasión. Pero también fue un segundo, una milésima de segundo. Me pregunté qué estaba ocurriendo pero no pude responderme

-¿Querés ir al cine?- me preguntó

-Sí, me encantaría-, y ahí nomás me tomó de la mano con la misma razón que lo hace una madre al cruzar la calle con su hijo pequeño.

Vimos "Casablanca" y no te voy a contar de qué se trata por qué de tanto que lo hice la conoces de memoria. Durante la proyección no sentí ni vi aquellas cosas extrañas que te

conté anteriormente, pero al salir del cine y cuando cruzábamos la calle, vi que un auto antiguo, blanco y reluciente como una nube limpia, se nos venía encima.

- ¿Te sentís bien Estelita?- claro, cómo no me iba a preguntar eso si yo grité tan fuerte que parecía que me estaban desgarrando el alma, y ése auto no existía...

-Sí, solo tuve una puntada en el pecho- mentí nuevamente.

Por supuesto volvimos caminando, con el mismo paso que llevábamos al principio, el necesario para hablar y pensar lo que estás diciendo y lo que dice el otro. Y así llegamos a casa y nos despedimos.

-Pasé una noche hermosa Estela.

- Yo también, como siempre cuando estoy con vos Manuel- y ahí mismo me dio un beso indescriptible y se fue sin decir nada...

Hoy me levanté temprano, a eso de las siete, porque tenía mucho trabajo en la biblioteca, fui a buscar algo a mi cartera (ya no me acuerdo qué) y me encontré con las entradas del cine. Estaban amarillas, bastante arrugadas y con los bordes rotos. Sala uno, butacas veinte y veintidós, hora diez p.m., "Casablanca", veinticuatro de noviembre de mil novecientos sesenta, decía. Y ahí me di cuenta de todo, "Casablanca" ya no la dan en Buenos Aires, la luna, anoche, estuvo en cuarto creciente y Manuel se había ido para siempre, hacía muchos años, en aquel auto blanco que se nos vino encima.

Graciela Mansilla